

encontraba especialmente repulsiva la suposición de ciertos transportes,—no me alarmaba ni me sublevaba como me hubiese sublevado al comprobar que yo los sentía.

—Que arda, bueno... La culpa no es mía... No soy cómplice...

Recuerdo que nuestra situación se precisó cuando, dirigiéndonos á Chambery, nos detuvimos en Annecy, viejo y curioso pueblecillo, donde fueron enterrados los restos de dos amigos de distinto sexo y muy puros, el amable y ameno San Francisco de Sales y la nobilísima Madre Chantal. ¿Por qué—pensaba yo acordándome del Obispo de Ginebra y de su colaboradora—no se ha de reproducir esta unión espiritual? ¿Sin duda no es locura mía aspirar á ella, cuando ya se ha visto en la tierra algo tan semejante á lo que yo sueño? Esta baronesa mística, que se grabó en el seno, con hierro ardiente, el nombre de Jesús, ¿no enlazó castamente toda su voluntad, toda su existencia, á la de un hombre, el elegante y delicado autor de *Filotea*? ¿No tuvieron un fin, todo lo espiritual que se quiera, pero humano? No abandonó la Chantal, por este enlace, familia, hijos, sociedad, y no se consagró á fundar la orden de la Visitación? He aquí los frutos de las amistades limpias, serenas...

Ibamos por las orillas frescas del diminuto lago de Annecy—al lado del Léman, un juguete—y nos habíamos desviado algo del paseo público, perdiéndonos en un sendero orillado de abetos, muy sombrío á aquella hora de

la tarde. Agustín me daba el brazo. De pronto, sentí una especie de quejido ahogado, sordo, y le ví que se inclinaba, intentando un abrazo de demencia... Balbuceaba, temblaba, palpitaba, jadeaba, y en un hombre tan dueño de sí, tan avezado á conservar sangre fría en las horas difíciles, la explosión era como volcánica.

—No puedo más... No puedo... Haz de mí lo que quieras... Recházame, despídeme... Has vencido ó ha vencido el diablo; estoy perdido... Te has apoderado de mí... Cuanto he prometido, los convenios hechos, eran absurdos, necesidades... Imposible que yo cumpliera tales condiciones... y si hay un hombre en el mundo que lo haga, entonces me reconozco miserable, me reconozco infame, lo que quieras! Lina, es igual: aquí no discutimos, no hay argumentos. Lo que hay es la verdad, lo hondo de las cosas. Prefiero romper el contrato. Sí, lo rompo. Se acabó. Y me voy, me alejo esta misma noche, para siempre. Lo que combinábamos juntos, era un contrasentido. Tú no lo comprendes; yo no sé qué ofuscación padeces, para haber dislocado las nociones de la realidad y pedir la luna... Eres de otra madera que el resto de los humanos. Bueno. Yo no. Despidámonos aquí mismo, Lina; despidámonos... ó abracémonos, así, en delirio...

Los brazos eran tenazas. Entre ellos, yo permanecía cuajada, como el magnífico hielo de los glaciares.

—Basta..., Agustín..., oye ..

Hizo el gesto de locura de emprender carrera.

—No te reconozco... ¡Es increíble! ¿No decías...? ¿No opinabas...?

—Opinase ó dijese lo que quisiera. Es que yo no contaba con una complicación inesperada, con un suceso ridículo y fatal. Me he enamorado. Es una razón estúpida, convengo. No encuentro otra. Me he enamorado. No creas que así de broma. Me he enamorado tanto, que comprendo que, en bastante tiempo, no podré resignarme á la vida. ¡Tú serás capaz de extrañarlo! No lo extrañes, Lina.—suspiró con pena romántica.—¡Tú no te has dado cuenta de tu valer! Inteligencia, cultura, alma, belleza... Todo, todo, reunido por mi mala suerte en una mujer singular, que ha resuelto...

—Pero si yo...

—Tú, tú... Tú me permites... que me abra-se... Ahí está lo que me permites... Tu compañía, tu amistad, la perspectiva de un enlace... Verte incesantemente, andar juntos y solos por estos sitios que convidan á querer... Yo no soy un fenómeno, yo soy un hombre... ¡Cómo ha de ser! Al separarme de tí, destruyo un gran porvenir, el porvenir de los dos; era algo espléndido... Pero estoy en esa hora en que se arroja por la ventana, no digo el interés, ¡la existencia! Comprendo que procedo en desesperación. No es culpa mía.

Me detuve, y le hice señas de que se calmase y escuchase. El lago rebrillaba bajo un sol tibio. Me senté en el parapeto. Hice señas á Agustín de que se sentase también.

—¿Era una pasión, lo que se dice una pasión?

¿La pasión se manifestaba así? ¿Se limitaba la pasión á estas llamaradas? ¿O sería él capaz, por mí, de sacrificios, de abnegaciones?

—De todo... ¡Hasta qué punto! No lo dudarías si comprendieses cuán diferente eres de *las demás*... Te rodea un ambiente especial, tuyo, que ninguna otra mujer tiene... ¡Ah! ¿Sacrificios, dices? Lo repito en serio: ¡La vida! ¡La herida está muy adentro!

—Siendo así... ¿Pero mira bien si es así?...

¡Cuidado, Agustín, cuidado!

—¡Así es! Ojalá no fuese.

VI

Y dispusimos la boda. Se escribió para los papeles indispensables. Permaneceríamos en Ginebra hasta mediados de Septiembre, mientras se arreglaba todo. Nos casaríamos en París.

Al evocar aquel período, recuerdo que me sorprendió algún tanto la placidez que demostró Agustín, después de sus arrebatos de Anancy, revestidos de un carácter de violencia sombría y halagadora. Placidez apasionada, galante, tierna, pero placidez. ¿Esperaba yo que me aplicase antorchas encendidas? ¿Quería un martirio ferozmente amoroso? Hubo monerías, hubo mil gentilezas. Brasas bien contenidas dentro de una estufa correcta, con guardafuego de bronce.

—Acuérdate, Agustín, de que eres mi novio...

Cambiaba con estas palabras el giro de la conversación. Salían á relucir por centésima vez mis cualidades, lo que me diferenciaba del resto de las mujeres del mundo, lo que explicaba aquel sentimiento único, elevado á la máxima potencia, inspirado por mí... Almonte sabía expresar á la perfección los matices de su sentir. Hubo momentos en que se me impuso la convicción. Sin duda, en realidad, yo le había caído muy hondo. No usaba, para probármelo, de excesivas hipérboles, ni de imágenes coloristas, á lo árabe; su modo de cortejar tenía algo de sencillo, natural y fuerte.

—Lo eres todo para mí. Haz la prueba de dejarme. Allí se habrán concluido la carrera y las ilusiones de Agustín Almonte. Unete conmigo, y verás... Nadie abrirá huella como la que yo abra. Cada hombre encuentra en su camino cientos de mujeres, y sólo una decide de su existir. Hay una mujer para cada hombre. Esa eres tú, para mí. ¿Te extraña que no te deshaga en mis brazos, sin esperar...? Es que te respeto, ¡con un respeto supersticioso! Y es que, á fuerza de quererte, sé quererte de todas maneras... La manera de amistad, la que primero contratamos, persiste. Sólo que va más allá de la amistad, y es un cariño... un cariño como el que se tiene á las madres y á las hermanas, por quienes no habría peligro que no arrostrásemos... ¡Qué dicha, arrostrar peligros por tí! ¡Salvarte, á costa de mi existencia!

He recordado después, en medio de otras orientaciones, esta frase del proco. Las ondas del aire, agitadas por la voz, deciden del destino. Parece que la palabra se disuelve, y, sin embargo, queda clavada, hincada no se sabe dónde, traspasando y haciendo sangrar la conciencia.

En la mía, algo daba la voz de alarma. Por mucho que había querido yo mantenerme más alta que las turbieces del amorío, era como si alguien, envuelto en barro, pretendiese no mancharse con él. Ejemplo de esta imposibilidad me la había dado un espectáculo natural, el de la junción del Arve, que baja de los desfiladeros, con el Ródano. Es el Arve furioso torrente que descende de los glaciares del Mont Blanc, engrosado por el derretimiento de las nieves, y cruza el valle de Chamounix. Arrastra légamo disuelto; su color, de leche turbia y sucia, y la espuma amarillenta que levanta, contrastan con el Ródano cerúleo, zafreño, en cuyo seno va á derramar la impureza. Introducido ya el torpe río, violando con ímpetu la celeste corriente, no quiere ésta sufrir el brutal acceso, y no mezcla sus aguas, de turquesa líquida, con las ondas de lodo. La línea de separación entre el agua virginal y el agua contaminada, es visible largo tiempo. Al cabo, triunfa el profanador, mézclanse las dos linfas, y la azul, ya manchada y mancillada, no recobrará su divina transparencia, ni aun próxima á perderse y disolverse en el mar inmenso...

—Tal va á ser mi suerte...—pensaba, rele-

yendo estrofas de Lamartine, ni más ni menos que si estuviésemos en la época de los bucles encuadrando el óvalo de la cara y las mangas de jamón. ¡Bah! En secreto, aún se puede leer á Lamartine... Mi desquite es leerlo á solas... Agustín acaso me embromaría, si le cuento este ejercicio *rococó*.

Arrebujada en mis encajes antiguos avivados con lazos de colores nuevos, de blanda y fofa cinta *liberty*; mientras Maggie, silenciosa, dispone mi baño y coloca en orden la ropa que he de ponerme para bajar á almorzar, mis atavíos de turista, mis faldas cortas de sarga ó franela tennis, mis blusas «camisero» de picante airecillo masculino, mi calzado á lo yankee, yo aprendo de memoria, puerilmente.

«Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages,
dans la nuit éternelle emportés sans retour,
ne pourrons nous jamais, sur l'océan des âges
jeter l'ancre un seul jour...?»

«¿Un jour, t'en souvient il? nous voguions en si-
(lence...»

Parecía el poeta traducir la sorda inquietud de mi espíritu, que tantas veces se preguntaba porqué todo es transitorio. Y si la idea de lo in-mundo no puede asociarse á la del amor, tampoco podrá la de lo transitorio y efímero. ¡Un amor que se va de entre los dedos! La pena de lo deleznable, aquí la situó Lamartine, en este lago Lemán por él tan de relieve pintado, al

suplicarle que conserve, por lo menos, el recuerdo de lo que pasó, de lo que creyó llenar el mundo.

«Q'uil soit dans ton repos, q'uil soit dans tes orages,
beau lac, et dans l'aspect de tes rians coteaux,
et dans ces noirs sapins, et dans ces rocs sauvages,
qui pendent sur tes eaux!...»

¿Fué la lectura... la lectura, la melodía, el suspiro contenido, nostálgico, de este sentir anticuado ya, lo que me hizo culpable de un pecado tan grave, tan irreparable?... ¿Podrá serme perdonado nunca?

Yo no sé cómo nació en mí la inconcebible idea. Mejor dicho: no considero que se pueda calificar de idea; á lo sumo, de impulsión. Y ni aun de impulsión, si se entiende por tal una volición consciente. Fué algo nubloso, indefinido; no me es posible recoger la memoria para retroceder hasta el origen de la serie de hechos que produjo la catástrofe. Ningún juez del mundo encontraría base para imputarme responsabilidad. Todos me absolverían. Sólo yo, aunque no acierte á precisar circunstancias, conozco que hubo en mí ese hervor que prepara sucesos y que, en vaga visión, hasta los cuaja y esculpe de antemano. Hay un extraño fenómeno psicológico, que consiste en que, al oír una conversación ó presenciar el desarrollo de una escena, juraríamos que ya antes habíamos escuchado las mismas palabras, asistido á los mismos acontecimientos. ¿Dónde? ¿Cuándo?

¿En qué mundo? Eso no lo sabríamos explicar; es uno de los enigmas de nuestra organización. Tal hubo de sucederme con lo que pasó en el lago. No sólo no me sorprendió, sino que me parecía poder repetir, antes de que hubiese sucedido, frases, conceptos y detalles relacionados con un hecho tan extraordinario y, si se mira como debe mirarse, tan imprevisto... Porque ¿quién afirmaría que lo preví? ¿Que pude preverlo ni un solo instante? Y si no lo preví, si no cooperé á que sucediese por una serie de flexiones y de movimientos de la voluntad, ¿cómo pudo volver á mi conciencia en forma de estado anterior de mi conocimiento? Repito que mis nociones se confunden y mi parte de responsabilidad constituye para mí terrible problema...

Lo que sé decir es que, según avanzaba nuestro noviazgo y se acercaba la fecha de que se convirtiese en tangible realidad; según mi futuro—ya no debo llamarle *proco*,—extremaba sus demostraciones y apuraba sus finezas; á medida que debiera yo ir penetrándome del convencimiento de que en él existía amor, y amor impregnado de ese anhelo de sacrificio que ostenta los caracteres del heroísmo moral, una zozobra, una impulsión indefinible nacía en mí, que revestía la forma de un ansia de vida activa y agitadamente peligrosa, en medio de una naturaleza que cuenta al peligro entre sus elementos de atracción. En vez de gustarme permanecer horas largas y perezosas en la veranda ó en el salón de lectura, ataviada, adorna-

da, perfumada, escuchando á Agustín, en plática alegre y reflexiva, experimentaba continuo afán de conocer los aspectos de la montaña, de recorrerla, de afrontar sus caprichos aterradores.

—¿No habíamos quedado en que no éramos alpinistas? ¿Que no le haríamos competencia á Tartarín?—preguntaba Almonte sin enojo.—¿Quieres que justifique mi apellido? Hágase como tú desees... pero permíteme lamentarlo, porque así pierdo algún tiempo de cháchara deliciosa.

Y, provistos de guías, realizamos expediciones alpestres. Me lisonjaba la esperanza de tropezar con cualquiera de las variadas formas del alud, fuese el alud polvoriento, esa lluvia de nieve fina como harina, que entierra tan rápidamente á los que alcanza, fuese el que precipita de golpe un enorme témpano, fuese el lento desgaje casi insensible y traidor, el alud resbalón que, con pérdida suavidad, se lleva los abetos y las casas; fuese el más terrible de todos, el sordo, el que está latente en el silencio y estalla fulminante, con espantosa impetuosidad, al menor ruido, al tintinear de la esquila de una cabra. Como no estábamos en primavera, no me tocó sino el alud teatral é inofensivo, el *sommer-lavissen*, semejante á un río de plata rodeado de espuma de nieve. Cuando le anunció un redoble hondo, parecido al del trueno, miré á Agustín, por si palidecía. Lo que hizo fué fruncir las cejas imperceptiblemente.

Sufrimos, eso sí, una borrasca de nieve, y regresamos al hotel perdidos, excitando la respetuosa admiración de Maggie, para quien sólo merece ser persona el que corre estos azares.

La borrasca de nieve no fué un peligro; fué una aventura tragicómica; estábamos ridículos, mojados, tiritando, con la nariz roja, la ropa ensopada, el pelo apegotado y lacio. En desquite, los Alpes nos ofrecieron su magia, sus cimas iluminadas por el poniente, inflamadas y regias. Al ocultarse el sol, el firmamento, á la parte del Oeste, en las tardes despejadas, luce como cristal blanco, y en las nubosas, sobre el mismo fondo hialino, se tiñe de cromo, de naranja, de rubí auroral, transparente. Volviéndose hacia el Este, densa tiniebla cubre la llanura, mientras las cúspides de las montañas resplandecen como faros, y la zona distante de las cumbres intermedias adquiere una veladura de púrpura sombría. Y la sombra asciende, asciende, no lenta, sino con trágicos, rápidos pasos, y la lucería de la montaña muere, cediendo el paso al tinte cadavérico de su extinción. Ya el sudario obscuro envuelve la montaña, y el cielo, en vez de la blancura reluciente de antes, ostenta un carmín sangriento; la cabellera negra de la sombra hace resaltar los bermejos labios. Un azul de metal empavonado asoma después en el horizonte, y por un momento la montaña resucita, resurge, vuelve á ceñirse el casco de oro. ¡Misterioso fenómeno, sublime! Una noche en que lo presenciábamos, mi pecho se hinchó, mi garganta

se oprimió, mis ojos se humedecieron, y tar-tamudeé, estrechando la mano de Agustín, acercándome á su oído, con ojos delicuescentes:

—¡Dios!

—¿Quieres saber lo que te pasa, Lina mía? amonestó luego él, en la veranda.—Que te estás embriagando de poesía, y se te va subiendo á la cabeza. ¡Oh, lírica, lírica incorregible! Y el caso es que me parecía haberte curado ó poco menos... Niña, en interés tuyo, dejemos los Alpes; vámonos al muy prosaico y complaciente París. Así como así, tienes que dar allí muchos barzoneos por casas de modistos intelectuales...

—¡No sigas, Agustín!—imploré.—No sigas...

—¿Qué te pasa?

—Que todo eso que me estás diciendo ya me lo habías dicho... no sé cuándo... no sé dónde.—Y con con voz ahogada, palpitando, reconocí:

—¡Tengo miedo!

—¡Miedo tú!—sonrió Agustín.

—Miedo á lo desconocido... ¿No comprendes que entramos en la región de lo desconocido, de lo extraño?

—Lo que comprendo es que no te conviene Suiza. Este país pacífico te alborota, Lina; es preciso que yo dé un objeto concreto á tu grande alma, para que no sea un alma enfermiza, torturada y con histérico. Piensa en tí misma, Lina. Piensa en nuestro amor...

¿Por qué habló de amor y jugó con la pala-

bra sacra? Sería que su destino lo quiso así. Recuerdo haberle respondido:

—Nos iremos pronto... Antes quiero despedirme del Léman, al cual conozco que profesaré siempre una fanática devoción. ¿No te gusta á ti el lago?

—Me gusta lo que te guste—fué su aquiescencia, demasiado pronta, demasiado análoga á la que se manifiesta á los antojos de las criaturas.

Entonces, obedeciendo á un estímulo ignorado, reservadamente, llamé al barquero que solía servirnos, un mocetón rubio, atlético, y le interrogué con habilidad refinada y discreta, para averiguar cuándo existen contingencias de tormenta en el Océano en miniatura.

—Ahora es el momento—respondióme el mozo helvético, con cara cerrada é insensible, de hombre acostumbrado á seguir las manías arriesgadas de los ingleses.—Estos días hay *lardeyre*, y cuando lo hay...

—¿*Lardeyre*?—repetí.

—El flujo y reflujo del lago, que es señal de tempestad.

—Quinientos francos si me avisas cuando esté más próxima y nos prevenes la barca.

Cuarenta y ocho horas después vino el aviso. Me acuerdo de que por la mañana Agustín me propuso pasar la jornada en Coppet, para ver la residencia y el retrato de madama de Staël. Vivamente, sin razonar, me había negado. Bien engaritados en nuestros gruesos abrigos de paño, caladas las gorrillas de visera, de

cuarterones, que habíamos comprado iguales, tomamos asiento en la barca. Soplaba cierzo de nieve. El agua, siniestramente azulosa, palpitaba irregularmente, como un corazón consternado. Sentía la proximidad de la convulsión que iba á sufrir, y se crispaba, turbada hasta el fondo.

Bogábamos en silencio, como los amantes inmortalizados por Lamartine, aunque el líquido ensueño del agua que duerme no nos envolvía. Agustín parecía preocupado. Aprovechándome de que el barquero no sabía español, entablé la conversación, advirtiéndole que, en efecto, no faltaría algún motivo de aprensión á quien no tuviese el alma muy bien puesta. El latigazo hizo su efecto. Las mejillas pálidas de frío se colorearon y las cejas se juntaron, irritadas.

—Yo no soy de los que eligen un porvenir sin lucha ni riesgo, Lina... En cada profesión hay su peculiar heroísmo... Buscar peligros por buscarlos, es otra cosa, y creo que debiéramos volver á tierra, porque el lago presenta mal cariz... A no ser que halles placer. Entonces... es distinto.

—Hallo placer.

Calló de nuevo. Insistí.

—¿Qué puede suceder?

—Que venga la crecida y se nos ponga el bote por montera.

—En ese caso, ¿me salvarías?

—¡Qué pregunta, mi bien! Agotaría, por lo menos, los medios para lograrlo.

—¿Es cierto que me quieres?

Suspirante, caricioso, llegó su cuerpo al mío, y efusionó:

—¡Tanto, tanto!

De seguro le miré con un infinito en la delicuescencia de mis pupilas. Era que *creía*. ¡Qué bueno es creer! Es como una onda de licor ardiente, eficaz, en labios, garganta y venas... Tuve ya en la boca la orden de volver al muelle, del cual nos habíamos distanciado hasta perderlo de vista... La lengua no formó el sonido. Muda, me dejé llevar. Una voluptuosidad salvaje empezaba á invadirme; percibía con claridad que era el momento decisivo...

¿En qué lo conocí? No sé, pero algo de físico hubo en ello. Una electricidad pesada y punzadora serpeaba por mis nervios. Densos nubarrones se amontonaban. La barca gemía; miré al barquero; en su rostro demudado, las mordeduras del cierzo eran marcas violáceas. Me hizo una especie de guiño, que interpreté así: «¡Valor!» Y en el mismo punto, sucedió lo espantable: una hinchazón repentina, furiosa, alzó en vilo el lago entero; era la impetuosa crecida, súbita, inexplicable, como el hervor de la leche que se desborda. El barco pegó un brinco á su vez y medio se volcó. Caí.

Desde entonces, mis impresiones son difíciles de detallar. Conservé, sin embargo, bastante lucidez, y como en pesadilla ví escenas y hasta escuché voces, á pesar de que el agua se introducía en mis oídos, en mi boca. Mecánicamente, yo braceaba, pugnaba por volver á

la superficie. A mi lado pasó un bulto, luchando, casi á flor de agua.

—¡Agustín!—escupí con bufaradas de líquido.—¡Sálvame, Agustín!

Una cara que expresaba horrible terror flotó un momento, tan cercana, que volví á dirigirme á ella, y sin darme cuenta, me así al cuello del otro desventurado que se ahogaba. Dos brazos rígidos, crispados, me rechazaron; un puño hirió mi faz, un esguince me desprendió; la expresión del instinto supremo, el ansia de conservar la vida, la vida á todo trance, la vida mortal, pisoteando el ideal heroico del amor. . Antes de advertir en mi cabeza la sensación de un mar de púrpura, de un agua roja y hormigueante, como puntilleada de obscuro, tuve tiempo de soñar que gritaba (claro es que no podría):

—¡Cobarde! ¡Embustero!

Y lo demás, por el barquero lo supe. El forzudo suizo, despedido también en aquel brinco furioso de dos metros de agua, pero maestro en natación, trató de pescar á alguno de los dos turistas locos, que con los abrigos, densos como chapas de plomo, se hundían en el lago. Pudo cojerme de un pie, dislocándomelo por el tobillo. La barca, felizmente, no estaba quilla arriba. Me depositó en ella y trató de maniobrar para descubrir á mi compañero. Pero Agustín derivaba ya hacia los lagos negros, límbicos, en que nadan las sombras dolientes de los que mueren sin realizarse...

Y cuando después de mi larga, nueva fie-

bre nerviosa, mucho más grave que la de Madrid, volví á coordinar especies, encontré á mi cabecera á Farnesio, envejecido, tétrico. De la catástrofe había hablado la prensa mundial en emocionantes telegramas de agencias; éramos «los dos amantes españoles» víctimas de una romántica imprudencia en el lago. En España, mi ignorado nombre se popularizó; mi figura interesaba, mi enfermedad no menos, y el revuelo en el mundo político por la desaparición de Almonte fué desusado. ¡Aquel muchacho de tanto porvenir, de tantas promesas! El desolado padre, llamado á Ginebra por el atroz suceso, se llevó un frío despojo al panteón de familia, en la Rioja... Toda la ambición se encerró en un nicho de ladrillo y cal, en esperanza de un mausoleo costado por amigos, gente del distrito, núcleo de partidarios fieles...

Y don Genaro, gozoso al verme abrir los ojos, repite:

—No morirás... No morirás... ¡Estabas aquí tan sola! ¿No sabes, criatura? Tu Maggie y tu Dick, cuando te trajeron expirante, aprovecharon la ocasión y desaparecieron con tu dinero y tus joyas... Creo que se entendían, á pesar de la diferencia de años... Ella se emborrachaba... ¡Qué pécora! En América estarán...

—Dejarles—respondo; y tomando la mano de Farnesio, la llevo á los labios y articulo:

—Perdóname... Perdóname...



VI

Dulce dueño.

I

Al llegar á Madrid, en Enero, todavía muy floja y decaída, me ven sucesivamente dos ó tres doctores de fama. Hablan de nervios, de depresión, de agotamiento por sacudimiento tremendo; en suma, Perogrullo. Hacen un plan, basado principalmente en la alimentación. El uno me prescribe leche y huevos, el otro, nuez de kola y vegetales, puches y gachas á pasto, aquél me receta baños tibios, purés, jamón fresco, carnes blancas... y, sobre todo, ¡calma! ¡descanso! ¡sedación! Mi sistema nervioso puede hacerme una jugarreta... En suma, trasluzco que temen si mi razón... ¡La razón! ¡Qué saben ellos de mi arcano!

Por egoísmo—no por atender á la salud—he cerrado la puerta á los curiosos, á los noticieros, á los impresionistas. Así que empiezo á recomponerme algo, recobrando, gracias á la proximidad de la primavera, una apariencia de fuerza, no puedo negarme á la entrevista trágica